



VII

HE aquí lo que Gilberto escribía en su diario, seis semanas después de su llegada á Geierfels:

«Un hijo que abriga para con su padre los sentimientos del esclavo hacia su amo, un padre que demuestra á su hijo, en los hábitos de la vida, gran desafecto próximo al odio, tales son los tristes objetos de estudio que he venido á buscar aquí. He querido persuadirme, al principio, de que M. Leminof era simplemente un carácter seco y frío, un escéptico por temperamento, por inclinación, un gran señor estragado que se cree obligado á manifestar abiertamente su desprecio por todas las necesidades del sentimiento. Y sin embargo no hay tal. El conde es un espíritu enfermo, un alma atormentada, un corazón corroído por secreta úlcera, que se venga de sus sufrimientos haciendo padecer á los demás. Si, ese misántropo busca el medio de vengarse de algún sangriento insulto que le han inferido los hombres ó el destino; su ironía respira odio y

cólera, oculta profundos resentimientos que estallan de vez en cuando en su voz, en su mirada, en su ademán arrebatado y violento, porque no siempre es dueño de sí mismo: á ciertas horas, el barniz de helada cortesania y glacial jovialidad con que encubre ordinariamente sus pasiones, se descascarilla súbitamente, cae hecho polvo y aparece la desnudez de su alma. Durante las primeras semanas se contenía mucho en mi presencia, hoy tengo el honor de poseer su confianza, y no se cree obligado á ocultarme su rostro. Además, no procura obligarme á la reciprocidad y esta es ya una ventaja. Hasta me lisonjeo de que me profesa toda la benevolencia de que es capaz. Estima mi saber, me agradece que le sea útil y hasta casi necesario, sin encomiar mis servicios. Por otra parte, me atribuye tal vez la discreción interesada de un pobre diablo que desea conservar su destino y que se siente obligado á guardar mucha reserva en sus palabras y acciones. En una palabra, me considera como un hombre de buen sentido á quien adornan las virtudes de su profesión, y aun cuando me eche en cara algunas veces lo que él llama mis *visiones metafísicas*, me estima demasiado para suponer que puedan ejercer influjo alguno en mi conducta. La abstracción tomada como regla de conducta, he ahí decididamente su fiera pesadilla, monstruo horrible, dice, verdadero dragón del Apocalipsis, cuyos dos hijuelos, deformes y repugnantes como su madre, son la caballería y la revolución...

» ¡Ah queridos titeres míos, no debéis ser más que un espectro para mis ojos y un solaz pasajero para mi espíritu! ¡Guardaos de abandonar el escenario donde representáis con tanta gracia! Los quinqués de la batería marcan las fronteras de mi imperio! No se os ocurra jamás saltar por encima de ella para descender á ocupar un sitio entre los vivientes! ¡Oh, mis queridas muñecas! una vez terminada la representación, volved á vuestras cajas, entrelazad fraternalmente los alambres, cerrad los lindos ojos, hijas

mías, y dormid tranquilamente... Pero ¿qué oigo? esas muñecas hablan ó cantan dormidas; de sus cajas bien cerradas salen ligeros cuchicheos y una especie de música secreta, embriagadora, no sé qué eco de los celestiales conciertos... ¡Gilberto, Gilberto, ponte en guardia! tus titeres no son tan inofensivos como quiere creer el conde Kostia.

» Desconfía también de tus ojos, Gilberto; son demasiado parlanchines... Es singular; yo me creía enteramente dueño de mis miradas. Á pesar mío, en más de una ocasión muestran demasiada curiosidad. El otro día, mientras trabajaba á su lado en su gabinete, noté en él, de pronto, un aire distraído y meditabundo; su frente se anubló, no me veía ni oía... Cuando salió de su meditación sus ojos se encontraron con los míos fijos en su rostro, y ha visto que le observaba con demasiada atención.

» — ¡Señor mío! — me dijo bruscamente — acordaos de nuestras condiciones: somos dos egoístas que hemos hecho un convenio. Los egoístas no son curiosos; lo único que les interesa en el alma del prójimo, es el dominio útil.

» Y luégo, creyendo haberme ofendido, ha continuado en tono más dulce:

» — Soy el alma que menos interesa conocer. Tengo los nervios muy irritables; sabed una vez por todas que este es el secreto de todos los desórdenes que podáis observar en mi triste máquina.

» — No, conde Kostia, no es ese vuestro secreto! — estuve dispuesto á contestarle. — No son vuestros nervios los que os atormentan. Apostaría más bien que á despecho de vuestra negación habéis creído antes de ahora en algo ó en álguien que os ha hecho traición.

» Pero si yo no me hubiese abstenido de hacerle partícipe de mis suposiciones, creo que me habría devorado. La cólera de este hombre es terrible, y no siempre me evita el espectáculo de sus furores.

» Ayer, sobre todo, se entregó á arrebatos de que me avergoncé por él. Esteban había salido á dar un paseo á caballo con Iván. La campana dió la señal de comer, y todavía no habían vuelto. El conde en persona se dirigió á la entrada del patio á esperarlos. Sus labios estaban pálidos, su voz era sorda y ronca, velada por una carraspera que le aqueja en cuanto se encoleriza. Cuando los culpables aparecieron al extremo del sendero, corrió á su encuentro, y midió á Esteban de piés á cabeza con una mirada tan amenazadora que el adolescente se estremeció; pero su cólera fué á descargar de rechazo contra Iván. El pobre carcelero podía sin embargo alegar excusas que merecían ser tomadas en consideración; el caballo de Esteban había dado una caída y fracturádose una rodilla, por lo cual habían tenido que volver al paso. El conde, al parecer, nada oía. Hizo seña á Iván de que se apeara; luégo le cogió por el cogote, le arrancó su varilla de acebo y le apaleó como á un can. El desventurado siervo se dejó zurrar sin pestañear, sin exhalar un quejido, y no le ocurrió siquiera la idea de intentar la fuga ni defenderse. Clavado en su sitio, con los ojos cerrados, era la imagen viviente de la servidumbre resignada á los mayores ultrajes. En verdad, creo que durante esta ejecución, padecí más yo que él. Me faltaba la respiración y la sangre hervía en las venas. Mi primer movimiento fué arrojarme sobre el conde, pero me contuve; una intervención violenta hubiera agravado la suerte del pobre Iván. Junté las manos, y con ahogado acento grité:

» — ¡ Perdón ! ¡ perdón ! ...

» El conde no me ha oído. Entonces me he lanzado entre la víctima y el verdugo. Estupefacto, con el brazo levantado é inmóvil, el conde me ha mirado algunos momentos con chispeantes ojos; se ha calmado poco á poco y su rostro ha recobrado la expresión ordinaria.

» — Pase por esta vez — me ha dicho al fin con voz apa-

gada — pero en adelante no os mezcléis más en mis asuntos !

» Luégo ha soltado la vara de acebo y se ha alejado presuroso. Iván ha levantado hacia mí sus ojos inundados de lágrimas; su mirada expresaba á la vez, la ternura, el reconocimiento y la admiración. Me ha cogido las manos y me las ha besado, después de lo cual se ha pasado el pañuelo por el rostro bañado en sudor, espuma y sangre, y tomando las bridas de los dos caballos, los ha conducido tranquilamente á la cuadra. He vuelto á encontrar al conde en la mesa; había recobrado su buen humor; me ha disparado algunos dardos sobre *mis herejías* en materia de historia. He tenido que hacer esfuerzos para contestarle, porque en aquel momento me inspiraba tal aversión que me costaba mucho disimularla, pero me veía obligado á reconocer la victoria que había alcanzado sobre sí mismo abreviando por consideración á mí el suplicio de Iván. Después de comer ha llamado al siervo, que se ha presentado con la frente y las manos llenas de ensangrentadas cicatrices. Agitaba sus labios su habitual sonrisa, que es un misterio para mí. Su amo le ordenó que se quitara la túnica y se bajara la camisa hasta los riñones, le hizo arrodillar, y sacando de su bolsillo una botellita que contenía cierto bálsamo cuyas virtudes elogió en alto grado, le curó por su mano las heridas. Terminada la operación:

» — Esto no será nada, hijo mío, vete — dijo. — Vete y no vuelvas á pecar.

» Después de lo cual, el siervo se levantó y salió del aposento sonriendo siempre. La sonrisa de Iván es una planta exótica que yo no conocía, y que no crece más que en país eslavo; sonrisa extraña, verdadero prodigio de bajeza, ¡ ó tal vez de heroísmo ! ¿Cuál de los dos ? No lo sé.

» Á pesar de mi turbación, he podido observar el rostro de Esteban al principio de la ejecución. Al pronto, un relámpago de gozo triunfante ha brillado en su rostro; pero

al ver brotar la sangre, se ha puesto horriblemente pálido, y ha llevado una de sus manos á la garganta, como para impedir que se le escapara un grito de horror, y con la otra se cubría los ojos para no ver nada, pero no pudiendo resistir más, ha huído presuroso... ¡Dios sea loado! la compasión había sofocado, en su corazón, la alegría de ver castigar á su carcelero. Hay en esta alma joven, agriada por largos sufrimientos, un fondo de bondad y generosidad; pero ¿acaso no perderá con el tiempo hasta los últimos vestigios de sus cualidades nativas? Dentro de tres años, ¿Esteban se tapaná todavía los ojos para no presenciar el suplicio de un enemigo suyo? Dentro de tres años, ¿el hábito del sufrimiento no habrá ahogado la piedad en su corazón? Mañana, mañana tal vez, ¿no habrán lanzado sus entrañas el último quejido?

» ¡Pobre Esteban! Compadezco á ese joven desde el fondo de mi alma. ¡Cuán desgraciado es! No sólo es triste su existencia, sino que temo que su imaginación se encargue de envenenarla. Hay en esa naturaleza secretos que ignoro y que me la hacen inexplicable; pero lo que veo con respecto á sus penas basta para que le compadezca. Su carácter es vivo, inquieto, alborotado, expansivo; necesita aire, luz, libertad, movimiento. Tiene necesidad de emplear sus fuerzas, de ocupar su vida y de satisfacer sus aspiraciones de felicidad. Este potrillo anhela que le dejen retozar en campo raso, brincar por los verdes prados, aspirar á satisfacción la perfumada brisa de las selvas, hundir su generoso petral en la plateada espuma de las aguas corrientes. El aire que siente le impele á la carrera, arde en deseos de seguirle, de adelantarse á él, sus orejas se enderezan, sus ojos centellean, va á saltar, á lanzarse al espacio... Pero ¡ay! tiene trabados los piés, una correa implacable le detiene atado á uno de los postes del camino, y el amo está allí, con la mirada amenazadora y el látigo en la mano... ¡Pobre Esteban! ¡cuán estrecha cautividad es la tuya, y qué espantosa soledad! Fuera de los dos días de

paseo por semana, en compañía y bajo la custodia de Iván, pasa la vida en su gran torre solo, absolutamente solo. ¿Qué hace en esa prisión, de donde no sale más que á la hora de comer? Por el tono con que se expresa sobre los libros y las bibliotecas, no parece que tenga afición al estudio. ¿En qué pasa el tiempo? Calla y se aburre. ¿Basta eso para vivir? ¿basta eso para morirse?...

» ¡Ah! ¡pobre niño sombrío y taciturno! Cuando te contemplo sentado á la mesa de tu padre, creo ver el ángel de la juventud acercarse á ti inclinándose á tu oído para decirte en són de reproche: «¿Qué has hecho de aquella fresca corona con que me habia complacido en adornar tu frente? ¿Por qué la adormidera, simbolo del descanso, por qué el romero silvestre y la ruda de los jardines de lúgubre perfume han reemplazado en tus cabellos á los alegres follajes humedecidos por el rocío que mis manos habían entretejido formando guirnaldas? ¿Por qué han palidecido tus mejillas? Por qué tienes los ojos hundidos? ¿qué mortífero viento ha secado esa sonrisa que florecía en tus coralinos labios? ¿Qué hiciste, niño, de tus primaverales gracias? ¿Por qué mi espíritu no reside ya en ti? ¿qué es lo que te obliga á envejecer prematuramente?...» Y tú, por única contestación, le señalas con la vista á tu padre sentado á tu lado; á tu padre, sombrío y feroz, cuyos labios jamás han sonreído, cuyos brazos no se abren nunca para estrecharte en ellos, cuyo desecado corazón se ha desviado de ti, cuya voz áspera y ruda no conoce esos acentos que hacen descender la paz del cielo al seno de una pobre alma fatigada. ¡Oh! ¡cuánto te compadezco, á ti cuya cabeza no ha descansado jamás en esa almohada divina que se llama el corazón de un padre!...

» ¡Lástima que ese silencioso joven no sea sordo! Puesto que no tenéis palabras de ternura que dirigirle, conde Kostia, quisiera á lo menos poder cerrar sus oídos para que no oyese las desoladoras lecciones que le dais. ¿No veis que su destino se encarga bastante de enseñarle á odiar á

los hombres y la vida, sin que tengáis necesidad de poner nada de vuestra parte? No conoce á la humanidad más que por lo que ve á través de las rejas de su prisión. Se le figura que no hay en la tierra más que tiranos caprichosos y esclavos trémulos y envilecidos. ¿Por qué matar así, en ese corazón, todo germen de entusiasmo, de esperanza, de creencia viril y generosa? Hace tiempo que murió su madre, tal vez la ha olvidado ya; las mujeres son para él un misterio completamente ignorado; ¿por qué le enseñáis á despreciarlas?... Hijo mío, ven á encontrar á Gilberto, al insensible Gilberto, á ese Gilberto que tal vez no ha amado nunca, y ese hombre de hielo te enseñará, que el despreciar á la mujer es la suprema depravación del corazón del hombre; te enseñará que está corrompido hasta los huesos el que se atreve á ultrajar con su pensamiento los tesoros de suave inocencia ó de sublime sabiduría que encierra el corazón de una virgen ó de una madre; te enseñará, niño, á inclinarte ante esa fuerza que adquiere los rasgos de la debilidad, ante esa debilidad sagrada que es la más heroica de todas las fuerzas... ¡Ah! se negaría á escucharme, y mi voz se perdería en el vacío. Lo que tiene de insolente la tiranía, es que sus víctimas, al maldecirla, se convierten en discípulos y apóstoles suyos. Escuchad á los esclavos; por mucho que odien á sus amos, repiten á porfía sus máximas.

»No han transcurrido más que seis semanas desde que ví por primera vez á ese efebo; no hace más que un mes que paso algunos momentos á su lado, y, sin embargo, sé á qué atenerme sobre el estado actual de su alma. Su enfermedad está tan á la vista que se revela á los ojos menos perspicaces; la puedo definir en pocas palabras. Esteban es una naturaleza noble para quien la poesía y la religión son letra muerta... La religión, ¡gran Dios! está representada á sus ojos por el padre Alejo. La ve sentarse al extremo de la mesa, en la persona de ese sacerdote grotesco, y devorará cada día con igual apetito, su bal-

dón y un ala de ave trufada. La religión se reduce para él á algunos *oremus*, algunas genuflexiones, una imagen de latón dorado besada por unos labios helados y distraídos, una misa gangueada cada domingo por anciano sacerdote cuyos pensamientos pertenecen á la tierra. ¡Ay! sin duda Esteban cree sinceramente en los santos misterios que se representan en los altares; pero, ¿conoce acaso esos otros misterios de esperanza y de consuelo que la fe realiza en nosotros? ¿Ha sentido jamás su alma, agitada por las tempestades del amor divino, zozobrar con delicia en el océano de la luz eterna? Padre Alejo, padre Alejo, ¡cuánto daño causáis á ese joven!

»¿Sería acaso Esteban un niño vicioso de quien su padre justamente irritado procura mortificar los instintos perversos con implacable disciplina? ¡No, y mil veces no! Eso es falso, es imposible. ¡Dios de bondad! para convencerse, basta mirarle. Su fisonomía es, con frecuencia, dura, seca, desdeñosa; pero jamás expresa un pensamiento innoble, no muestra jamás una mancha en el alma, una corrupción precoz del espíritu. Se descubre en su frente cuando se serena, un sello de pureza infantil. Me he equivocado completamente al suponer que su alma había envejecido. Á lo menos ha conservado la facultad de rejuvenecerse á intervalos. Hay momentos en que sacude la pesada carga de sus penas para descansar y tomar aliento. En esos momentos, Esteban llega á parecer más joven de lo que es en realidad. Su mirada, que recobra la limpidez, su tez delicada y transparente, sus mejillas tersas y unidas, su barba, donde no apunta el bozo, todo esto caracteriza perfectamente una fisonomía de niño... Pero en cuanto se presenta el amo, pierde aquella fisonomía su gracioso carácter; sus apretados labios expresan tedio mortal, y diríase que, cual otro San Juan Silenciarío, hace cuarenta y ocho años que calla. Tan luego como el amo se ausenta, parece que vuelve á ser un niño, de catorce á lo sumo. Se advierte la

juventud en la violencia de su lenguaje, en su gusto desordenado por la hipérbole, en esos torrentes desbordados de palabras con que desahoga su oprimido corazón. El otro día, bajó al comedor antes que su padre, y al verme solo, me disparó un aluvión de mordaces y contundentes frases.

»—Tómame sin escrúpulo por blanco de tus iras!—dije aparte para mí;—esa esgrima te hace bien.

»Otra muestra de inocencia, es el frescor y la vivacidad de sus impresiones. Aunque procure ocultarlo, se afecta profundamente por cosas insignificantes, y no ha perdido la facultad de vivir *al pormenor*, testimonio el más seguro de que su alma no ha salido todavía de la infancia. En una palabra, no ha tomado el partido de ser desgraciado, y por pesada que sea la cruz que lleva sobre sus hombros, se baja para recoger los pequeños consuelos, los insignificantes placeres que se le presentan en su camino. En su pleito con el destino, ha perdido lo principal, pero no ha renunciado á disputar los accesorios. En esto veo una prueba de que los resortes de su alma no están enteramente rotos... ¡Ah! si la esperanza ilumina todavía con pálido y vacilante fulgor un rinconcito de ella, respetad, vientos del cielo, esa humilde lamparilla, no extingáis el humeante pábilo! El brillo de una sola estrella en las profundidades de la noche, sustituye al día para el que sufre.

»¡Ah! ¡Con qué cruel aspereza no le disputan los pocos placeres que le restan! Á pesar de sus chanzonetas sobre las plantas, es aficionado á las flores, y había conseguido del jardinero de su padre que le concediera una porcióncita de terreno para cultivarla á su guisa. El conde, al parecer, había ratificado este favor; pero esta condescendencia inaudita no era por su parte más que un refinamiento de crueldad. De algún tiempo acá, cada tarde después de comer, Esteban pasaba una hora en su pequeño parterre; arrancaba las malas yerbas, plantaba, regaba, vigilaba

con mirada paternal el renacimiento de sus queridas crías... Ayer, una hora después de la sangrienta fustigación, mientras su padre curaba las heridas de Iván, alejóse Esteban de puntillas. Transcurridos algunos minutos paseándome por la terraza, le vi entretenido con grave recogimiento en su gran tarea de regar las plantas. Estaba yo á cortos pasos de distancia, cuando se acercó el jardinero, provisto de un azadón, y sin chistar descargó un tremendo golpe en medio de un cuadro de verbenas que crecían en uno de los extremos del acirate. Esteban se irguió bruscamente, y creyendo que el jardinero se había vuelto loco, abanzóse sobre él gritando:

»—¡Miserable! ¿qué haces?

»—Hago lo que su excelencia me ha mandado—contestó el jardinero.

»En aquel momento el conde se encaminaba hacia nosotros, con las manos en los bolsillos, tarareando un aria, y con expresión de amable bondad. Esteban ha tendido los brazos hacia él; una de esas miradas que le petrifican, le ha impuesto silencio. Inmóvil en medio del sendero, contemplaba con espanto el fatal azadón que destruía una á una todas las plantaciones de su querido parterre. En vano se esforzó en ocultarnos su desesperación; le flaqueaban las piernas, latía con violencia el pecho; fijó, en sus queridos tesoros devastados, sus grandes ojos, de los que se desprendieron dos gruesas lágrimas que vi rodar lentamente por sus mejillas... Pero cuando el destructor instrumento se acercó á una magnífica clavellina, que era el más bello adorno de su jardín, entonces le faltó el valor, lanzó un grito, y alzando las manos al cielo, huyó sollozando. El conde le vió correr, y asomó á sus labios una sonrisa atroz... ¡Ah! Si ese padre no odia á su hijo, no sé lo que es odio, ni cómo se manifiesta en el rostro humano. No obstante, me he lanzado interponiéndome entre el azadón y la clavellina, como una hora antes entre el knout é Iván. La desesperación

de Esteban me había conmovido; quise á toda costa salvar de la destrucción aquella flor, que le era tan querida: el semblante de Kostia Petrovitch me robó toda esperanza. Parecía decirme:

»—Os hacéis todavía el sentimental, y esto podría no agradarme tal vez.

»—¡Es tan bonita esa flor!—le dije.—¿Á qué destruirla?

»—¡Ah! ¡Os gustan las flores, querido Gilberto!—ha contestado con aire de diabólica malicia.—¡Me alegro mucho!

»Y volviéndose al jardinero:

»—Llevaréis cuidadosamente todas esas flores y las colocaréis en una jardinera con que decoraremos la habitación de este caballero. Tengo una satisfacción en proporcionarle ese gusto.

»Y así hablando, se frotaba alegremente las manos, y volviéndome la espalda, comenzó de nuevo á tararear su arieta. Evidentemente estaba satisfecho de la jornada.

»Ahora las flores de Esteban están aquí, ante mis ojos, han venido á ser propiedad mía. ¡Oh! si él lo supiera... No puedo dudarle, M. Leminof desea que su hijo me aborrezca; y lo ha conseguido. Colmado de atenciones, de cuidados, mimado, elogiado, ensalzado, tratado como favorito y gran visir, ¿cómo no ser objeto de aversión y de desprecio para esa pobre víctima? ¡Ah! ¡Si él pudiera leer en mi corazón!... Y en resumidas cuentas, ¿qué leería? Una compasión impotente que sublevaría su orgullo. No puedo hacer nada por él; no depende de mí aliviar su mal, verter algún bálsamo en sus heridas... ¡Ea, Gilberto, ocúpate de Bizancio! ¡acuérdate de tus compromisos! El dueño de esta casa te arrancó la promesa de que no te mezclaras en sus asuntos. Traduce el griego, amigo mío, y en tus ratos perdidos, diviértete con tus títeres. Fuera de esto, ojos cerrados y boca muda, he ahí tu divisa!... Pero, dices tú, viendo sufrir á ese niño, temo ser

presa de la melancolía. Pues bien, si tu inútil piedad se convierte en carga pesada para ti, dentro de diez meses saldrás de tu destierro, recobrarás tu libertad, y con tres mil escudos en el bolsillo, podrás emprender, antes de regresar á París, el viaje á Italia, objeto de tus secretos ensueños y de tus más ardientes votos!... Feliz entonces, armando tu mano con el blanco bordón del peregrino, sacudirás el polvo del Geierfels, y te irás á olvidar, contemplando las fachadas de los palacios venecianos, los sombríos misterios de un antiguo castillo gótico mal habitado.»

